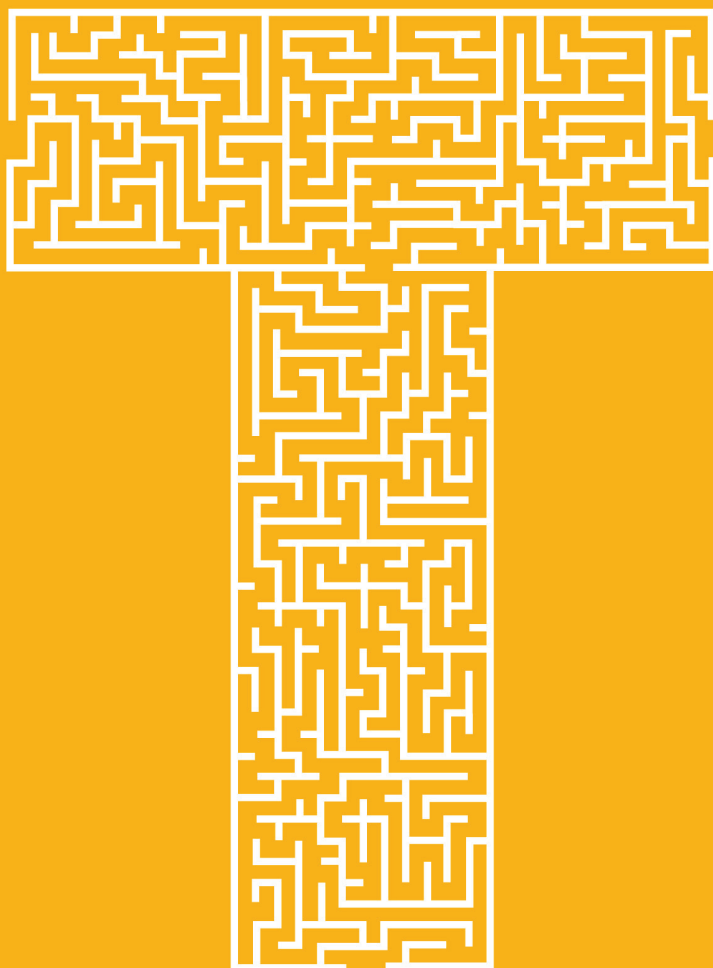


Santos Juliá

Transición

Historia de una política española (1937-2017)



SANTOS JULIÁ

Transición

Historia de una política española (1937-2017)

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2017

© Santos Juliá, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 17601-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-77-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis nietos tan queridos Santiago, Pablo y Candela

Pero ¿qué más da el pasado a vosotros,
que tenéis en vuestras manos el sol de cada aurora?

Índice

Introducción	13
1. DONDE COMIENZA ESTA HISTORIA: UNA GUERRA CIVIL QUE ACABA SIN MEDIACIÓN NI PAZ	17
Por una intervención que nunca llega	18
Periodo de transición para una paz sin vencedores ni vencidos . . .	28
Mientras haya esperanza	37
Azaña y Negrín: la divergencia profunda	49
¡Guerra a la mediación en la guerra!.	55
Ni honrosa ni humanitaria, derrota incondicional	61
2. NI MONARQUÍA NI REPÚBLICA.	73
Restauración monárquica como culminación del Movimiento Nacional	74
Monarquía tradicional como tercera solución	84
Una Junta Española de Liberación para sustituir a Franco	94
Por la República sin situación transitoria	106
3. CONTRA FRANCO Y FALANGE: LOS COMUNISTAS Y LA INSURRECCIÓN NACIONAL	121
Del sectarismo a la derrota	122
Sin una línea política	128
Por la salvación de España, Gobierno de Unión Nacional.	134
En marcha a las guerrillas	139
Por un Consejo Nacional de la Resistencia.	147
4. DEL PLEBISCITO AL HOLOCAUSTO DE LA LEGITIMIDAD	153
La fórmula Prieto.	155

Tratos con los monárquicos	170
Transición ordenada de la dictadura a la democracia	184
Doloroso holocausto del principio de legitimidad.	195
 5. DIÁLOGO, RECONCILIACIÓN, CONTACTOS, TRES HIPÓTESIS Y UNA RESPUESTA	205
Terminar, olvidar, liquidar la Guerra Civil	206
Generaciones saturadas de memoria.	215
Reconciliación nacional para un cambio pacífico	224
Visitas, conversaciones	235
Transición, pero sin signo institucional.	243
 6. CUANDO EL CAUDILLO FALTE	251
La Monarquía vendrá de la mano de Franco o no vendrá.	252
La Monarquía ya está instaurada	260
Transigir o no con una situación de hecho	266
Coloquio en Múnich: una emoción compartida	282
 7. DESPUÉS DE FRANCO, ¿QUÉ?	295
A vueltas con la situación de hecho	299
Atado y bien atado.	308
Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura	318
Evolución o ruptura	329
 8. LIBERTAD	347
Desastre de la reforma	348
Metamorfosis de la ruptura	356
Democráticamente coordinados para negociar	365
Ni reforma ni ruptura	377
Los obstáculos a la libertad en España	385
La transición militar.	398
 9. AMNISTÍA	409
Amnistía como reconciliación y clausura de la Guerra Civil	411
Amnistía por decreto	423
Amnistía, por ley, de todos y para todos.	433
Seguir matando después de la amnistía.	442

10. Y ESTATUTOS DE AUTONOMÍA	453
Confederación, comunidad, federación	457
Restablecer el Estatuto	468
Nacionalidades y regiones	476
Asumir y coincidir	485
11. DESENCANTO	497
Primero fue el desconcierto	500
Y enseguida llegó el desencanto	510
Desaliento libertario.	517
El consenso ha terminado.	521
Suárez es la crisis	533
12. DESPUÉS DE LA TRANSICIÓN	539
Por una segunda transición	546
El Partido Popular no condena el levantamiento militar	555
El último consenso	561
Los socialistas se hacen cargo	573
Y promulgan una ley de título imposible	582
13. LA TRANSICIÓN CUMPLIDA Y DESECHADA	587
Por un estatus de libre asociación	589
España plural, Estado plurinacional	599
¡Abajo el régimen!	609
Ruptura nacional-populista	619
Epílogo	629
Índice de acrónimos	633
Índice onomástico	637

Introducción

La Transición, pensaba Juan J. Linz en 1996, es ya historia, no algo que sea objeto de debate o lucha política; es objeto científico, añadía, con el riesgo de que los que no la vivieron la ignoren, la consideren algo obvio, no problemático. Escrita esta reflexión poco antes de la llegada, por vez primera, del Partido Popular al Gobierno, estaba lejos el profesor Linz de pensar que lo que en aquel momento se daba ya como historia, como pasado, recuperase diez años después un lugar central en el debate político, crecientemente crispado a medida que avanzaba el nuevo siglo, hasta tal punto que diez años después de que Linz, y muchos con él, consideráramos la Transición como historia, hablar en España del proceso de transición de la dictadura a la democracia era hablar de política tanto como o más que de historia. Y hoy, cuando ya ha transcurrido otra década y nuevos movimientos sociales y nuevas fuerzas políticas han irrumpido en la calle y en las instituciones, los términos se han invertido por completo: hablar en estos últimos años de la Transición es hablar de política mucho más que de historia; o mejor: cuando se aparenta hablar de historia, lo que se hace cada vez con mayor frecuencia es un uso del pasado al servicio de intereses o proyectos políticos o culturales del presente.

Cuándo se comenzó a hablar en España de transición o de proceso de transición, quiénes hablaron y con qué propósito, en qué consistió el proceso cuando todo el mundo llegó a pensar que una transición política a la democracia estaba ocurriendo bajo su mirada, cómo se condujo y se expresó esa transición, quiénes y con qué propósito la pensaron como modelo una vez terminado el proceso, quiénes fueron sus primeros debeladores y, en fin, cómo se ha producido la última –hasta hoy– inversión de la mirada y quiénes han sido sus agentes y sus fines políticos será de lo que traten estas páginas. Con objeto de seguir

su curso, en el primer capítulo me remontaré a los años de Guerra Civil, cuando aparecieron unos proyectos de mediación que implicaban el postulado de un periodo de transición, como fue el caso de los comités por la paz civil y religiosa, o un régimen de transición, evocado por Manuel Azaña al exponer su plan de mediación para la paz. Luego, un periodo de transición, con un programa que tendría que desarrollar un Gobierno provisional y que habría de conducir a un plebiscito en el que los españoles decidieran el régimen político que quisieran, fue el centro de una política que desde el interior y desde el exilio trató de impulsar un sector de la oposición a la dictadura en sus negociaciones con fuerzas monárquicas. No logró fruto alguno, aunque su legado será recogido en las iniciativas que surgirán un poco por todas partes, primero en el exilio, cuando aparecen las primera voces a favor del diálogo entre las Españas, más tarde en el interior, a partir de la rebelión universitaria de 1956, cuando emerge una nueva generación que pretende poner fin a la división entre vencedores y vencidos llamando a una reconciliación moral, pero también política.

Aparece entonces la primera, y muy pronto convertida en canónica, propuesta de «transición pacífica de la dictadura a la democracia», elaborada con esas mismas palabras, y firmemente establecida como su política oficial, por el Partido Comunista de España cuando iba algo más que mediada la década de 1950. De transición como proceso evolutivo o como cambio de régimen debatieron 118 españoles del interior y del exilio reunidos en Múnich, en junio de 1962, y de transición como ruptura democrática no se dejó de hablar desde que alumbró la década de 1970. Muerto Franco, y mientras se ponían en marcha varios proyectos de reforma de sus Leyes Fundamentales, se multiplicaron las huelgas, asambleas y manifestaciones que, desde febrero de 1976 en Barcelona e inmediatamente por todas partes, reivindicaron libertad, amnistía y Estatutos de Autonomía, al tiempo que desde decenas de partidos y grupos de oposición se creaban instancias unitarias con objeto de negociar la ruptura con el poder. Es inútil separar unas voces de otras: transición fue libertad, amnistía y Estatutos de Autonomía reivindicadas desde la calle, y transición fue negociación y pactos en despachos e instituciones.

Culminado el proceso de transición política con la Constitución de 1978 y los primeros Estatutos de Autonomía del año siguiente, el desencanto de que hicieron gala buen número de intelectuales, escrito-

res y artistas se desvaneció como por ensalmo tras el intento de golpe de Estado de febrero de 1981 para dejar paso, con el triunfo abrumador de los socialistas que fue el resultado político más inmediato de aquella intentona militar, al primer consenso generalizado sobre el periodo de nuestra reciente historia, que por entonces se comenzó a denominar la Transición, con artículo y mayúscula. Una pléyade de politólogos, sociólogos, constitucionalistas, nativos y extranjeros, tratando aquel proceso como un acontecimiento, lo construyeron como modelo, durante el gobierno largo de los socialistas, proyectando así una mirada sobre el pasado que vino a sustituir a tantas voces desencantadas como acompañaron al proceso mismo mientras tuvo lugar. Vendrá después la quiebra de esa mirada, iniciada durante la primera legislatura presidida por el Partido Popular, que proclamó la necesidad de una segunda transición, y profundizada durante su mayoría absoluta, cuando la Transición fue identificada como un tiempo de silencio y amnesia, de borradura de la memoria, como una traición.

El recorrido por toda esa historia de una política llamada transición a la democracia, y luego simplemente Transición, culmina por ahora en la radical inversión de la mirada que ve la Transición como régimen, transición negada, pues, o transición como mera continuidad del régimen por antonomasia que fue la dictadura de Franco. El 15 de mayo de 2011, primero en la Puerta del Sol de Madrid y luego en la fachada del Congreso de los Diputados, aparecieron carteles o se estamparon pintadas con la leyenda «¡Abajo el régimen!», que parecía anunciar la llegada de un nuevo mundo o la liberación de uno antiguo aherrojado por el candado de la Transición. No faltaron en el concierto algunas voces de las que habían cantado las alabanzas de la Constitución de 1978 que propusieran ahora volarla con una carga de dinamita. Lo que vino después, hasta ayer mismo, cuando en el Congreso se celebraba el 40 aniversario de las primeras elecciones, será la disputa por un relato del que lo único que importa son los resultados que con su recitado se esperan obtener para la política de cada cual: la Transición, pues, para uso de las políticas del presente.

Aquí he tratado de reconstruir la historia política de este largo proceso sin apartarme de los textos en los que fue elaborado en cada una de sus etapas. No es, ni lo pretende, un ensayo de interpretación, un relato, ni puede abarcar campos tan florecientes en los últimos años como los de la cultura, la literatura, las identidades, la memoria o la

cultura política de la Transición. Trata de ser lo que dice ser: una historia política, o sea, una investigación en las huellas que el proceso político de transición a la democracia ha ido dejando a lo largo de ochenta años –antes, mientras y después de que sucediera– para intentar reconstruirlo con las mismas voces del pasado, interfiriendo en ellas lo menos posible. Se ha escrito tanto sobre la transición española a la democracia, sobre lo que prometía, lo que fue, lo que resultó, que tal vez era buena ocasión de parar un poco y volver a las voces originales, las que en cada momento se pronunciaron con el propósito de recorrer un camino que permitiera a los españoles salir de una dictadura construida sobre las ruinas de una guerra civil para encontrarse de nuevo en una democracia.

Donde comienza esta historia: una guerra civil que acaba sin mediación ni paz

«La Guerra Civil de 1936 a 1939, sin duda ninguna es el acontecimiento histórico más importante de la España contemporánea y quién sabe si el más decisivo de su historia», escribió Juan Benet cuando se cumplían cuarenta años de su comienzo.¹ Y ahora, cuando han transcurrido otros cuarenta años, no cabe decirlo de otra manera más que suprimiendo sus cautelas: ya lo sabemos todos, sin duda alguna. Es cierto que guerras y revoluciones hubo varias desde 1808: contra el invasor francés, llamada de independencia; entre las facciones absolutistas y liberales, que han pasado a la historia con el nombre de carlistas; la guerra de Cuba, interminable y, en ella, un desastre de guerra contra Estados Unidos en 1898; y de desastre a catástrofe, la guerra de Marruecos. Por lo demás, el recurso a la violencia fue habitual en las luchas políticas del siglo XIX, tan acostumbrado a contemplar caídas de gobiernos y hasta de regímenes empujados por la fuerza de las armas: decenas de algaradas, levantamientos e insurrecciones esmaltaaron la historia política de España desde la revolución de los años treinta hasta la de 1868 y después.

Pero, a pesar de las muchas guerras e insurrecciones, ninguna de ellas agota la explicación del siglo XIX, ninguna se ha convertido en razón de ese siglo. No ocurre lo mismo en el XX, radicalmente impensable sin la Guerra Civil. Y esto es así porque, a diferencia de las guerras del siglo XIX, que unas veces acabaron sin un claro vencedor y otras dieron lugar a paces y abrazos de diverso signo, la Guerra Civil del siglo XX logró plenamente el propósito de quienes la iniciaron tras un golpe de Estado fallido: un vencedor que exterminó al perdedor y

1. Juan Benet, *¿Qué fue la Guerra Civil?* [1976], recogido en *La sombra de la guerra. Escritos sobre la Guerra de España*, Madrid, Taurus, 1999, p. 59.

que no dejó espacio alguno para un tercero que hubiera negociado una paz o servido de mediador entre las dos partes. La Guerra Civil, que no habría podido prolongarse durante 32 meses sin una decisiva intervención extranjera, redujo la complejidad y múltiple fragmentación de la sociedad española del primer tercio del siglo xx a dos bandos enfrentados a muerte, con el resultado de que el vencedor nunca accedió a ningún tipo de pacto que posibilitara la reconstrucción de una comunidad política con los perdedores y volviera a integrarlos en la vida nacional. La Guerra Civil no fue la culminación de una historia, sino su quiebra brutal, un corte profundo infligido a la sociedad española que, desde 1939, quedó amputada para siempre de una parte muy notable de sus gentes y de su historia.

No faltaron, sin embargo, iniciativas y proyectos que propusieran, desde muy diversos sectores de la sociedad y de la política, suturar la ruptura postulando un periodo de transición en el que las dos partes escindidas por la guerra pudieran iniciar un camino de reconciliación que condujera a una convivencia en paz tras el refrendo de la voluntad popular libremente expresada. De esos proyectos, los primeros aparecieron durante la misma guerra, cuando los comités por la paz civil formados en Francia por exiliados españoles comenzaron a hablar de un periodo de transición y cuando el presidente de la República evocó ante el embajador de Francia la necesidad de un régimen de transición que permitiera una pacificación con vistas a una paz. De esos dos proyectos, los primeros en los que aparece la voz «transición» para designar el periodo entre la guerra y la paz, y de sus respectivos fracasos, debe partir este largo viaje.

POR UNA INTERVENCIÓN QUE NUNCA LLEGA

Desde los primeros días de la rebelión militar y de la revolución que fue su inmediata secuela, y a la vista de armas y tropas italianas y alemanas en suelo español, el presidente de la República, Manuel Azaña, pensaba y decía a todos los que hablaban con él que la República nunca podría ganar la guerra, convicción que se completaba con sus llamadas a organizar su defensa en el interior para no perder la guerra en el exterior. No perder la guerra exigía, según Azaña, que británicos y franceses despertaran ante la amenaza segura que sobre su futuro se

cernía si Alemania e Italia triunfaban en España, y que se mostraran firmes en el cumplimiento del Pacto de No-Intervención exigiendo la retirada de todos los combatientes extranjeros de territorio español. Por eso, ya desde mediados de agosto de 1936, cuando recibía a políticos y periodistas franceses, los acercaba a la ventana de su despacho en el Palacio Nacional, que daba a la sierra y, mostrándoles las columnas de humo que desde allí se percibían con toda claridad, les decía: «Lo que se juega ahí abajo, en la sierra, no es sólo nuestro destino, es también el vuestro», y les encomendaba que informaran a su Gobierno, presidido por el socialista Léon Blum, de «que la derrota del Frente Popular en España no representará tan sólo la derrota del Gobierno del Frente Popular en vuestro país, representará la derrota de la democracia francesa y de la República». Porque, en esta aparente Guerra Civil, y como manifestó al corresponsal de *Le Petit Parisien*, «Lo que se juega es el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo, el control del estrecho de Gibraltar, la utilización de nuestras bases navales del Atlántico, así como las materias primas que abundan en el subsuelo español. Esta es la presa que se va a disputar en el transcurso de este primer acto de la nueva Gran Guerra».²

Primer acto de la nueva Gran Guerra: así definirá desde agosto de 1936, y en adelante, Manuel Azaña el alcance internacional que la guerra entre españoles adquirió para él cuando se produjeron los primeros envíos de tropas y material de guerra, aviones y tanques incluidos, desde la Alemania nazi y la Italia fascista en apoyo de los rebeldes, mientras Francia y Reino Unido montaban la política de No-Intervención que «al nacer, traía ya las huellas de la farsa y del engaño en que había de consistir», como escribirá Augusto Barcia.³ Nada distinto, por lo demás, de lo que Julio Álvarez del Vayo, sucesor de Barcia al frente del Ministerio de Estado, proclamaba el 25 de septiembre ante la Asamblea de la

2. Jean Richard Bloch, *Avant-garde*, 15 de agosto de 1936, en *Espagne! Espagne!*, París. Jean Cassou, «Les dirigeants vous parlent... Manuel Azaña», *Vu*, 29 de agosto de 1936. Declaraciones a André Villosi para *Le Petit Parisien*, reproducidas en *El Sol*, 14 de octubre de 1936, en Manuel Azaña, *Obras completas*, ed. de Santos Juliá, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, vol. 6, pp. 7, 9-10 y 12.

3. En *La política de no-intervención*, Buenos Aires, Publicaciones del Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1942, p.18.

Sociedad de Naciones al denunciar el incumplimiento de ese mal llamado pacto: «Los campos ensangrentados de España constituyen ya, en efecto, un preludio de los campos de batalla de la próxima guerra mundial». ⁴ Nunca pudieron entender Azaña, ni Barcia, ni Álvarez del Vayo, ni nadie en el Gobierno español, que Francia y Gran Bretaña, además de mantener la prohibición de venta de armas al legítimo Gobierno de la República, permanecieran pasivas ante las flagrantes violaciones de su política de No-Intervención y la evidencia de peligro que para la paz de Europa y los equilibrios de poder en el Mediterráneo implicaba la presencia de ejércitos y fuerzas aéreas nazis y fascistas en España. No se trataba ya del interés o de la paz de la República: «A través de nuestra lucha se decide en cierto modo la suerte de las democracias y de la paz en el mundo», advertirá el Partido Comunista en julio de 1937, al denunciar la política de No-Intervención como «el bloqueo del Gobierno legítimo de España y la Celestina de la intervención fascista». ⁵

De manera que cuando Ángel Ossorio y Gallardo se disponía a emprender viaje con destino a Ginebra, para asistir como delegado de España a la Asamblea de la Sociedad de Naciones convocada para el 21 de septiembre, Azaña le habló ya de su «proyecto de mediación y plebiscito», difícilísimo, creía él, «pero el único camino». Y fue de ese proyecto, una mediación a cargo de las potencias que, tras acordar el reembarco de tropas extranjeras, diera lugar a una suspensión de hostilidades que culminaría en un plebiscito, de lo que habló inmediatamente a Julián Besteiro y a Felipe Sánchez Román, que lo aprobaron; a Indalecio Prieto, ministro entonces de Marina y Aire, que lo estimó irrealizable e inútil; a Luis Araquistáin, embajador en Francia, que a las primeras palabras, respondió con una mueca de extrañeza; y al mismo ministro de Estado, Álvarez del Vayo, que sin tomarlo en consideración y, como lo del plebiscito le irritara, le dijo a Azaña: «No encontrará usted gobierno». No se trataba, pues, de un proyecto que el Gobierno desconociera, sino de una convicción que el presidente compartía con todo el que —miembro del Gobierno o no— quisiera oírle. Y en una segunda conversación, se lo repitió de nuevo a Ossorio, pro-

4. «Discurso del ministro de Estado español en la Asamblea de la Sociedad de Naciones», *La Vanguardia*, 26 de septiembre de 1936.

5. «En España se juega la paz del mundo», *Nuestra Bandera*, 1, 15 de julio de 1937, p. 10.

puesto ya para embajador en Bélgica, que reprobó el proyecto diciéndole que si no había victoria, no quedaba más recurso que morir.⁶

De este proyecto y de la necesidad de poner fin a la guerra por la vía diplomática, como le dijo a Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, Manuel Azaña habló también con el profesor Pere Bosch Gimpera, rector de la Universidad de Barcelona, cuando éste fue a despedirse antes de emprender viaje a Edimburgo para impartir las *Rhind Lectures*, una serie de conferencias bajo el título «The Archaeology of the Iberian Peninsula». Azaña, que había trabado una relación amistosa con Bosch desde los días de su cautiverio en otoño de 1934 en el *Ciudad de Cádiz*, fondeado en el puerto de Barcelona, y que lo consideraba como hombre firme, claro y seguro en sus opiniones, aprovechó la ocasión para encargarle una misión ante los embajadores de la República en Londres, Pablo de Azcárate, y en Bruselas, Ángel Ossorio, todavía a la espera de presentar sus credenciales. El encargo no consistía en «instrucciones concretas dadas de espaldas al Gobierno de la República», como el mismo Pere Bosch Gimpera recuerda en sus memorias, desmintiendo así lo que Pablo de Azcárate, afectado en este punto por el síndrome del falso recuerdo, tildó en las suyas de monstruosidad, de escandalosamente anticonstitucional y de maniobra burda cometida de «espaldas al Gobierno»; se trataba simplemente de que ambos embajadores conocieran lo que pensaba el presidente de la República acerca de una posible iniciativa de Gran Bretaña en relación con la retirada de los «voluntarios» extranjeros combatientes en la guerra de España, que implicaría una suspensión de armas o de hostilidades entre militares rebeldes y Gobierno, con el propósito de organizar un plebiscito que permitiera a los españoles decidir el régimen que quisieran darse.⁷ Naturalmente, Bosch no era portador de ningún

6. Manuel Azaña, «Apuntes de memoria», sin indicación de fecha, en *Obras completas*, op. cit., vol. 6, pp. 282-283. Ossorio fue nombrado embajador en Bélgica por decreto de 16 de octubre de 1936.

7. Pere Bosch Gimpera, *Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1980, p. 209, que desmiente lo escrito por Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la Guerra civil española*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 64. Ricardo Miralles ya advirtió sobre el anacronismo de estas observaciones de Azcárate, y sobre otros tópicos que se siguen repitiendo hasta hoy: «Paz humanitaria y mediación internacional: Azaña en la Guerra», en Alicia Altet, Ángeles Egido y María Fernanda Mancebo (eds.), *Manuel Azaña: Pensamiento y acción*, Madrid, Alianza, 1996, p. 258.

documento con un plan formal de paz, ni de suspensión de armas, ni mucho menos de un armisticio –que habría requerido el acuerdo de dos ejércitos con el derecho de beligerancia mutuamente reconocido–, sino de un encargo verbal del presidente sugiriendo a los embajadores que exploraran las posibilidades de alguna iniciativa exterior en esa dirección. Azaña creía, en efecto, que tras la intervención de Alemania e Italia en apoyo de los generales sublevados y la consolidación bajo el mando de estos de una franja continua de territorio desde Galicia, por Extremadura, hasta Andalucía occidental, sólo una iniciativa de las dos potencias democráticas que habían establecido el Pacto de No-Intervención podría conducir a una suspensión de hostilidades que, una vez declarada, ninguna de las partes se atrevería luego a romper.

Desde Londres, y después de haber conversado con Azcárate, Bosch Gimpera envió el 29 de octubre a su «respetable y querido D. Manuel» unas líneas informándole de haber visto a «nuestro amigo» que, quizá «porque estos días la enfermedad parece mejorar algo o porque lejos de la cabecera del enfermo no siente tanto la angustia de sus padecimientos, es bastante optimista». Que Bosch encontrara a Azcárate optimista ya es sorprendente, pero lo es más todavía que el embajador no creyera «que la intervención activa del nuevo médico, siempre que sea eficaz, despierte las susceptibilidades profesionales de los demás médicos», esto es, que una intervención activa de Reino Unido no despertara el rechazo de las demás potencias firmantes del Pacto de No-Intervención. Y por lo que se refería al «ensayo de intentar un medio para que el enfermo repose», el amigo Azcárate prefería «esperar un momento en que la enfermedad no fuese tan aguda». Pocos días después, el 8 de noviembre, y ya desde Edimburgo, Bosch Gimpera volvió a escribir a Manuel Azaña diciéndole que había tenido noticias de «nuestro amigo, el cual por lo visto sigue considerando la conversación con los médicos muy delicada y difícil aunque no deja de pensar en ella».⁸ En resumen, Azcárate se mostró ante Bosch optimista, aunque luego no dejó de rumiar lo problemático y delicado de la sugerencia recibida sin tomar ninguna iniciativa hasta que en los primeros días de diciembre el Gobierno decidió dirigir un llamamiento al Consejo de la Sociedad de Naciones y Azcárate

8. Cartas de Pere Bosch Gimpera a Manuel Azaña, 29 de octubre y 8 de noviembre de 1936, en Archivo Azaña, I 13-6-453, I 13-6-454.

visitó a Anthony Eden, secretario del Foreign Office, para decirle que su Gobierno apoyaría la política de No-Intervención si se combinaba con un plan eficaz de control que impidiera el continuo flujo de «voluntarios» extranjeros a España.

Eso mismo fue lo que Bosch Gimpera dijo a Azcárate por encargo del presidente en los últimos días de octubre, y repitió a Ossorio unas semanas después, en Bruselas, adonde viajó para impartir el 5 de diciembre una conferencia sobre los celtas en la península ibérica. Algo había ocurrido entre las *Rhind Lectures* de Edimburgo y la conferencia de Bruselas que movió al viajero a manifestar al presidente, en carta de 17 de diciembre, «la mejora reciente de nuestros amigos». «Le pongo estas líneas», escribió, «para enviarle un afectuoso saludo y confirmarle con mi impresión personal, aunque valga poco, que los he encontrado mucho mejor a todos. En Bruselas, transmití sus recuerdos a D. Ángel, quien celebró las buenas noticias y me dijo que tendría muy en cuenta la impresión.» Unas buenas noticias y una impresión que se referían a la reciente aprobación del primer plan de mediación que Francia y Reino Unido presentaron el 4 de diciembre al resto de estados implicados en la guerra de España.

Porque, tras la defensa de Madrid, gracias en buena medida a la entrada en acción de las Brigadas Internacionales y de los tanques soviéticos, las cosas no iban bien con Franco, y quizá Alemania e Italia estuvieran deseando salir de España, había informado el embajador francés ante Reino Unido, Charles Corbin a Anthony Eden, sugiriéndole que Francia y Gran Bretaña debían pedir a Italia, Alemania, Portugal y la URSS, las cuatro participantes activas en la guerra, un concierto para asegurar, por una mediación común, que la lucha cesara en España. Si esa mediación resultaba efectiva, a la tregua establecida para el reembarque de combatientes extranjeros seguirían los preparativos para unas elecciones generales que se realizarían bajo alguna forma de supervisión internacional. Eden creía que «la presencia de esos extranjeros luchando en los dos lados creará un problema; era interés de España y nuestro detener esa flujo», y estaba convencido de que había llegado el momento de presentar un plan de mediación porque la posición de Franco, al no ser prometedora, podía inclinar a Alemania e Italia a unirse a la propuesta, mientras los soviéticos no eran contrarios, según le comunicaba el embajador en Moscú después de ver a Maksim Litvínov, comisario del pueblo para Asuntos Exterio-

res de la Unión Soviética.⁹ De todas estas idas y venidas resultó que Francia y Gran Bretaña propusieran formalmente el 4 de diciembre de 1936 a los gobiernos de Alemania, Italia, Portugal y la URSS la renuncia «a cualquier acción que pudiera conducir a una intervención extranjera en el conflicto» –como si la intervención no se hubiera producido–, invitándoles «a poner fin al conflicto por medio de una mediación con el objeto de permitir a la nación española que exprese unitariamente su deseo nacional».¹⁰ O sea, algo muy parecido a lo que Azaña tenía más que hablado con todo el que quería escucharle e incluso aunque no lo quisiera, como fue el caso con varios ministros y algunos embajadores.

Como será también muy similar al plan de Azaña la declaración del Consejo de la Sociedad de Naciones cuando, en su reunión extraordinaria convocada el 12 de diciembre para analizar el caso de España, recuerde en su resolución el deber que incumbía a todos los estados «de respetar la integridad territorial y política de otros estados» a la par que expresaba su «simpatía» hacia la acción iniciada por el Reino Unido y Francia «para evitar el peligro que la prolongación del actual estado de cosas en España hace correr a la paz y a la buena inteligencia entre las naciones». No dejó de señalar la prensa madrileña que la palabra mediación no aparecía ni una sola vez en la declaración del Consejo, un detalle que era preciso atribuir al «gran triunfo» alcanzado por Julio Álvarez del Vayo cuando rechazó de plano la posibilidad de que entre un Gobierno legítimo y unos militares rebeldes pudiera hablarse de mediación.¹¹ El fondo del asunto seguía siendo el mismo: una intervención activa, que no quedara en mera palabrería, del Comité de

9. Conversaciones Eden-Corbin, Corbin-lord Plymouth y de nuevo Eden-Corbin, de 27 y 30 de noviembre de 1936, respectivamente, FO 371/20551, W 16840, 17064 y 17094. Anthony Eden, *The Eden Memoirs. Facing the dictators*, Londres, Cassell, pp. 416-417.

10. Intercambio entre los gobiernos de Francia y Gran Bretaña, TNA, FO 425/413, epígrafe 2 en núm. 135. Para el plan franco-británico y las respuestas de sus destinatarios, Antonio Marquina, «Planes internacionales de mediación durante la guerra civil», accesible en: <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-72530/UNISCI11Mar2.pdf>

11. «Un triunfo del ministro de Estado español», *ABC*, Madrid, 13 de diciembre de 1936. Desde su reaparición tras la rebelión militar de julio de 1936, *ABC* se presentó, en su edición madrileña, como «Diario republicano de izquierdas».

Londres o del Consejo de la Sociedad de Naciones, que pusiera fin a esa intervención extranjera: eso era lo que pretendía Azaña; pero había que tener cuidado con las palabras: en la iniciativa franco-británica de 4 de diciembre, la voz vitanda fue «plebiscito», sustituida por «expresión del deseo nacional»; en la resolución de 12 de diciembre sobre los asuntos de España del Consejo de la Sociedad de Naciones le tocó el turno a «mediación», aunque todo el mundo supiera que de eso se trataba cuando se hablaba de una intervención de Alemania, Italia, Portugal y Rusia en la Guerra Civil española.

A pesar de que cualquier posibilidad de intervención, por muy leve y lejana que pareciese, quedó arrumbada en la práctica desde el momento en que Reino Unido, más interesado en llegar a acuerdos con la Italia fascista que venir en ayuda de la España republicana, decidió firmar el 2 de enero de 1937 con Italia un *Gentlemen Agreement* sobre reparto de la vigilancia del tráfico marítimo por el Mediterráneo, el presidente de la República no cejó en su empeño de buscar una salida diplomática a la guerra. Un mes y un día después del pacto italo-británico, el 3 de febrero, Azaña mantuvo una larga conversación con el embajador de la República en Francia, Luis Araquistáin, en la que le resumió su plan, aclarando el orden de los pasos que sería preciso dar: «Bloqueo de armas y de contingentes, reembarco y suspensión». A Araquistáin, que había vivido de cerca el embargo de armas decretado por la República francesa contra la República española, le pareció esta vez muy buena idea, al tiempo que le expresaba la necesidad que todos sentían de una doctrina y de unas instrucciones que hasta ahora nadie les había dado. Habló también Azaña con el presidente del Gobierno, Francisco Largo Caballero, y mostró después a Álvarez del Vayo su asombro por la ligereza en que ambos habían incurrido al ofrecer Marruecos a Francia y Reino Unido en un Memorándum, explicándole las razones que tenía para oponerse a esta iniciativa, que eran las mismas que repetirá a Largo Caballero, quien, conforme en lo diplomático, se excusó en lo de Marruecos diciendo que se había «escurrido». Por lo demás, el famoso Memorándum —una cesión vergonzante de soberanía en las posesiones españolas en Marruecos que los ingleses, según comentó Marcelino Pascua a Azaña meses después, «se dieron maña para sustraerlo al secreto diplomático y comunicárselo inmediatamente a los rebeldes, provocando una campaña de prensa que impidió no ya un acuerdo, sino las negociaciones mismas»— incluía en sus últimos

párrafos la política que Azaña no se había cansado de repetir a todos sus interlocutores: agregar a las medidas previstas para impedir el suministro de material de guerra y de voluntarios el «reembarque en una fecha determinada, a ser fijada por el Comité de Londres, de cuantos elementos extranjeros, sin excepción, y cualquiera que sea su cometido, participan actualmente en la lucha interior española». Éste, terminaba el Memorándum, «sería el modo seguro de que concluya rápidamente la Guerra Civil en España».¹²

De manera que el presidente de la República ni actuaba de espaldas al Gobierno en su propósito de buscar la intervención de Reino Unido y Francia para forzar la suspensión de armas, clave de bóveda que sostenía todo su plan, ni cometía ninguna monstruosidad anti-constitucional al exponer lo que llamaba «mi plan» a unos y otros. Más aún, cuando comenzó a estar claro que la guerra iba para largo, los puntos centrales del plan de Azaña llegaron a formar parte de la primera propuesta oficial del Gobierno de la República para poner fin a la guerra. El embajador en Londres, Pablo de Azcárate, que pasó dos semanas en Valencia y tuvo ocasión de entrevistarse con Azaña, con Largo Caballero y con Álvarez del Vayo, informó el 1 de marzo de 1937, de paso para Ginebra, a la Dirección política del Ministerio de Asuntos Exteriores francés de las instrucciones recibidas del presidente de la República, del presidente del Gobierno y del ministro de Estado, de acuerdo los tres –dijo el embajador– en que para liquidar la guerra era preciso que la retirada de las tropas extranjeras fuera total y se realizara lo antes posible; y que, para conseguirlo, se estableciera «una suspensión de armas». Es el mismo Azaña el que parece hablar por boca de Azcárate cuando éste comunica a los franceses que el Gobierno estaba convencido de que si cesaban las hostilidades, nunca se reanudarían. Para realizar esta retirada, aseguró también el embajador, el Gobierno español estaba dispuesto

12. Manuel Azaña, Apuntes de memoria, 3 de febrero de 1937, *Obras completas*, op. cit., vol. 6, pp. 271-272; «Memorándum», reproducido en Francisco Largo Caballero, *Obras completas*, ed. de Aurelio Martín Nájera y Agustín Garrigós Fernández, Madrid y Barcelona, Fundación Largo Caballero e Instituto Monsa, 2009, vol. 10, pp. 3923-3926. Conversación con Pascua, embajador en Moscú, Manuel Azaña, La Pobleta, entrada de 13 de agosto de 1937, *Obras completas*, op. cit., vol. 6, p. 440-442.

a aceptar todas las formas de control que fueran necesarias: una comisión militar internacional debía tomar las cosas en mano y organizar la evacuación. Si la retirada de «voluntarios» se llevara a cabo, reiteró Azcárate, todos estaban convencidos en Valencia de que se acompañaría de una suspensión de armas, pero no por eso tendría que haber negociación entre gubernamentales y rebeldes, ni mediación entre ambos, ni armisticio, ni nada en lo que pudieran intervenir los generales rebeldes. Y para que no cupiera duda alguna, el embajador Azcárate subrayó con fuerza que en esta cuestión el Gobierno era unánime y que el presidente de la República, con quien había hablado, compartía esa manera de ver.¹³ Bueno, es una manera de decirlo: no es que la compartiera, es que era su manera de ver, si se añadía lo del plebiscito previsto por Azaña para un momento posterior, cuando por fin, tras la suspensión de armas, se hubieran restablecido los lazos de convivencia y restaurado la libertades que permitieran expresar a los españoles su opción por un determinado régimen político.

Nada de esto fue más allá de un intercambio de papeles: Francia y Reino Unido nunca arriesgaron lo más mínimo en un control de armas sobre España que pudiera acarrearles un conflicto con Alemania o Italia: se limitaron a prohibir el comercio de armas con la República y a lavarse las manos respecto a todo lo demás, incluida la masiva participación de aviones, tanques y tropas italianos y alemanes, e inmediatamente soviéticos, en la guerra de España. Si, como el embajador de la República en Moscú, Marcelino Pascua, dirá a Manuel Azaña en una larga y muy sabrosa conversación, «para la URSS el asunto España es *baza menor*»,¹⁴ para Reino Unido y Francia nunca fue baza en absoluto: todo su interés consistió, como resumirá el mismo Eden en la Cámara de los Comunes el 21 de octubre de 1937, en mantener la Guerra Civil española como un conflicto local y en

13. «Note de la Direction Politique. Conversation avec M. de Azcarate», 1 de marzo de 1937: *Documents Diplomatiques Français* (en adelante, DDF), 2ª serie, vol. V, doc. 48.

14. Manuel Azaña, La Pobleta, entrada de 13 de agosto de 1937. Dos años después, en «La URSS y la Guerra de España», Azaña escribirá: «La guerra española ha sido en todo momento para la URSS una ‘baza menor’», *Obras completas*, op. cit., vol. 6, pp. 441 y 215, respectivamente.

salvaguardar sus propios intereses.¹⁵ Y en verdad que lo consiguieron: para ellos la guerra no pasó de ser «un espectáculo ruidoso, emotivo y cruel».¹⁶ En esas circunstancias, cualquier plan de mediación basado en la intervención activa, diplomática o sobre el terreno de las dos potencias democráticas, estaba condenado, no ya al fracaso, sino a la papelera, como en esta historia se repetirá una y otra vez hasta la derrota final de la República.

PERIODO DE TRANSICIÓN PARA UNA PAZ SIN VENCEDORES NI VENCIDOS

No por eso dejaron de presentarse ante el Foreign Office, ante el Quai d'Orsay y ante el Vaticano, en todo momento, varios planes de mediación con vistas a poner fin a la guerra. Uno, muy cercano al de Azaña en sus motivaciones, en su concepción y en su letra, aunque sin conexión alguna con él, fue elaborado durante esos mismos meses por un grupo de católicos españoles exiliados en París, entre los que se contaban Alfredo Mendizábal, José María Semprún Gurrea y Joan Baptista Roca i Caball, que dos años antes habían formado el Grupo Español de la Unión Católica de Estudios Internacionales y establecido vínculos con los católicos franceses reunidos en torno a Emmanuel Mounier y la revista *Esprit*. Este grupo –muy pronto conocido como «Tercera España» por haberlo identificado con este nombre el jurista ruso afincado en París Boris Mirkine-Guetzevich¹⁷ fundó en febrero de 1937 un Comité pour la paix civile en Espagne y publicó en abril un *Appel espagnol* que evocaba «a todas las víctimas inmoladas al furor fratricida» y proclamaba como «la tarea más urgente de esta generación martirizada» alcanzar la paz. El llamamiento se dirigía

15. «In this Spanish conflict our determination is to concentrate on what is possible [...], to localise this war and to watch over British interest», dijo Eden: FO 425/414, N^o 76, p. 238.

16. Así, R. A. C. Parker, *Chamberlain and appeasement. British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, MacMillan, 1994, p. 80.

17. En «La troisième Espagne», *L'Europe Nouvelle*, 20 de febrero de 1937. He tratado de esta invención en «Imposible Tercera España», epígrafe añadido a la nueva edición de *Historias de las dos Españas*, Barcelona, Penguin Random House, 2015, pp. 319-324.

además a la comunidad internacional para que emprendiera la etapa activa, positiva, de intervención mediadora en favor de la paz, recordando que existían ya desde hacía algún tiempo «proposiciones oficiales concretas» en esa dirección, refiriéndose sin duda al plan franco-británico de diciembre, que en su último punto invitaba a los gobiernos interesados «a poner fin al conflicto por medio de una mediación con el objeto de permitir a la nación española que expresara unitariamente su deseo nacional», o dicho sin tanto circunloquio: una mediación que condujera a un plebiscito. El comité español proponía en su llamamiento que se permitiera «al pueblo (al conjunto del pueblo del que ahora sólo pueden oírse los elementos más violentos) elegir por sí mismo su destino: libremente, serenamente y por procedimientos regulados», único camino para alcanzar una paz «sin vencedores entregados a la venganza, ni vencidos entregados a los vencedores».¹⁸

A este llamamiento español respondió enseguida un grupo de católicos franceses con la creación de un Comité pour la paix civile et religieuse en Espagne,¹⁹ introduciendo así la exigencia de paz religiosa como condición de la paz civil, cuestión a la que era particularmente sensible el teólogo y filósofo Jacques Maritain, presidente del comité francés. Este comité añadió al documento en que daba a conocer su existencia una *Note complémentaire* que establecía las grandes etapas de una posible mediación, no muy diferentes a las que había elaborado el presidente de la República. Ante todo, una vez comprobada la No-Intervención y el control, había que proceder a la retirada de los contingentes extranjeros comprometidos en uno y otro campo. Luego, las dos partes aceptarían un armisticio, que permitiera, en un tercer momento, la aprobación de un estatuto provisional que asegurara el orden público y la asistencia a la población bajo una comisión internacional, apoyada en un cuerpo de control cuyos cuadros serían proporcionados por potencias extranjeras que no hubie-

18. «Un appel espagnol», *L'Aube*, 1 de junio de 1937. Recogido en Santos Juliá, *Nosotros, los abajo firmantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 197-198.

19. Para los católicos franceses y los comités por la paz, Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, BAC, 1993, pp. 63-182.

ran tomado parte en el conflicto. Se abriría entonces lo que en este documento aparece, por vez primera en esta historia, como un «período de transición», que duraría el tiempo necesario para el apaciguamiento de los espíritus, y el compromiso mutuo de renunciar a la violencia y de aceptar, cualquiera que fuese, el resultado de la consulta popular –una serie de plebiscitos efectuados en condiciones de independencia y de secreto de voto, que situaran al pueblo español en condiciones de pronunciarse con plena y entera libertad sobre su régimen social y político. Maritain publicó unos meses después de elaborar esta propuesta, en agosto de 1937, un prefacio a la obra de Alfredo Mendizábal, *Aux origines de la tragédie espagnole*, acogido con interés –el prefacio, más que el libro– por el presidente de la República, pero que levantó las iras en los medios católicos de España por su argumentación, sólidamente tomista, sobre la naturaleza ni santa ni justa de la guerra de España: «La guerra que se libra en España es una guerra de exterminio», afirmaba Maritain.²⁰

Hay una notable coincidencia entre este plan francés de mediación y el que Manuel Azaña presentó al Foreign Office, en mayo de 1937, por iniciativa personal y por medio ahora de Julián Besteiro como representante oficial del presidente de la República en la coronación de Jorge VI; un plan que el mismo Azaña expone con todo detalle a Louis Fischer pocos meses después. «De acuerdo con mis instrucciones», dijo Azaña a Fischer, «Besteiro mantuvo una entrevista con Eden y presentó mi plan de paz al ministro. Debía declararse una tregua entre Gobierno y rebeldes. Todas las tropas extranjeras y los voluntarios que sirvieran en los dos lados serían entonces retirados de España. Durante la tregua no se modificarían las líneas de batalla. Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y la Unión Soviética elaborarían entonces un plan, que la República se comprometía de antemano a aceptar, por el que se manifestaría la voluntad de toda la nación española sobre su futuro.»

20. «Comité français pour la paix civile et religieuse en Espagne» y «Note complémentaire», en Jacques y Raïsa Maritain, *Oeuvres Complètes*, Friburgo y París, 1984, vol. VI, pp. 1123-1129. El texto fue elaborado por Jacques Maritain con el acuerdo de Étienne Borne, Claude Bourdet, Maurice de Gandillac, Olivier Lacombe, Jacques Madaule, Gabriel Marcel, Domenico Rousso, Yves R. Simon, Pierre van der Meer de Walcheren y Paul Vignaux, y solicitaba el envío de adhesiones a la dirección de Claude Bourdet.